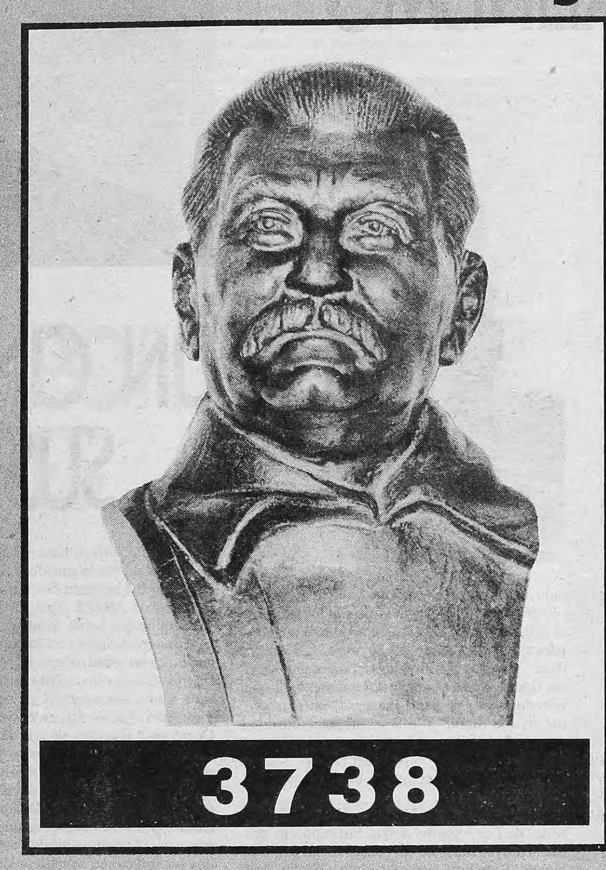


Glasnot, una guerra inconclusa





LOS FANTASMAS TAMBIEN SON TRANSPARENTES

A mediados de julio de este año, Mijail Gorbachov condenó por primera vez en forma tajante y pública los luctuosos procesos de los años '37 y '38, a través de los cuales Stalin liquidó a las figuras claves de la revolución bolchevique, el llamado "Círculo de Lenín". Ese gesto ha convulsionado a la Rusia contemporánea. También la cultura fue atrapada por este vértigo, tal como lo prueban los testimonios que se transcriben en las páginas de este suplemento.

Leningrado, 4 de abril de 1987, a la hora de la siesta. En el Club de los Ferroviarios, ese lugar mítico en el cual Vladimir Ilich Lenin pronunció, en 1906, su primer discurso sobre la táctica, cincuenta jóvenes soviéticos divagan, ahora, acerca de qué es la felicidad.

Uno dice: ''Felicidad es haber nacido en la patria del socialismo''. Otro disiente: ''No. Para mí la felicidad es solo un fragmento luminoso sobre fondo negro''. Un tercero se vuelve apologético: ''Yo digo que felices eran los médicos que durante la peste se inyectaban el virus para poder estudiarlo y combatirlo''. El cuarto introduce un elemento moderno: ''Felices –cree–, son los que aprenden a conocerse con el psicoanálisis, derrotando la propia manía y la depresión''. Al quinto, lo conmueve la solidaridad: ''En una calurosa jornada de verano –dice–, yo dispongo de un barril de agua fresca y la distribuyo entre todos los asistentes. Esta es mi felicidad''. Irónico, tal vez; quizás interesado en serio, un sexto interroga al anterior: ''Y tu la distribuyes solamente? ¿No bebes?''.

En cualquier otro lugar del mundo, este diálogo no pasaría de ser un ejercicio de lucidez opaco y colectivo. En la Rusia de la Glasnot, en cambio, es un síntoma en el cual se expresa una serie de contrastes, culturas e intereses sociales opuestos que sacuden, hoy, a la región más vasta del planeta.

Figura clave de esta conmoción, emblema excluyente de la glasnot y la perestroika, es Mijail Gorbachov, un hijo de la Nomenklatur, a quien una serie de hechos impredecibles para la gerontocrática historia del Kremlin –tres secretarios generales muertos en menos de cuatro años–, ha colocado en el vértice del poder soviético. Pulcro, con un deliberado look occidental, sonriente y públicamente amable, Gorbachov ha seguido, paso a paso, el curso tradicional en el cual se forjan los máximos dirigentes de esa maquinaria pesada y compleja que es el Partido Comunista de la Unión Soviética. Paradójicamente, es este mismo y aplicado miembro del PCUS quien se ha convertido en un personaje moderno –tan distinto a sus rústicos antecesores–, hasta el punto de ser comparado a un socialista utópico y romántico, un héroe del siglo pasado. Tal es la figura que dibuja la empresa que se ha propuesto consumar Mijail Gorbachov.

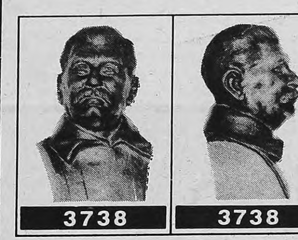
En rigor, el popular líder soviético se postula como el reverso de cierta tradición política revolucionaria que tuvo su edad de oro en los años setenta, momento en el cual se asistió al triunfo definitivo de la burocracia guiada por Leonid Brezhnev bajo el impúdico lema ''Que nada se mueva''. Al compás de esta consigna mandona, renacía en la URSS un peligroso internacionalismo orientado a la conquista, mientras en el Kremlin se plantaban banderines sobre relucientes mapamundis y se relegaba al olvido cuanto sucediera en el interior del país.

Tal gesto político tuvo sus efectos. Hoy, Gorbachov se encuentra al frente de un sistema en crisis, a un magma social aparentemente inmodificable. Ante semejante panorama, Gorbachov parece haber elegido arriesgarse a llevar a cabo una empresa decididamente audaz, a jugar con cartas muy fuertes. Las que siguen son algunas de las metas que se ha propuesto alcanzar: introducir la práctica de la comunicación en una sociedad habituada a la ausencia de la misma; volver a fundar, en nombre de la calidad y la alta tecnología, un sistema productivo en el cual se ha impuesto el derecho de trabajar poco y mal; hacer razonar, fuera de los esquemas cristalizados, a millones de burócratas seleccionados con el criterio de la obediencia inapelable; tornar dinámica e interdependiente una economía arcaica que, no por casualidad, termina por desposarse con el trabajo negro y los réditos oscuros.

La dimensión de tal empresa, explica el surgimiento de las nuevas leyes ''revolucionarias'', que violan tabúes consolidados desde los tiempos de Lenin, como la del trabajo privado y los nuevos reglamentos electorales, a través de los cuales y por primera vez en la URSS los ciudadanos tendrán la posibilidad de elegir a sus representantes entre hombres diversos.

Pero, drásticamente hablando, el futuro soviético se llama perestroika, palabreja mágica que puede definirse como reestructuración, re-

continúa en página 2



RYBAKOV: EL SENTIDO COMUN DEL ANTISTALINISMO

Viene de tapa

fundación o reforma radical. Entre los blancos de la política mencionada se cuentan algunos de los mejores cerebros sobrevivientes de la era Brezhnev que aún transitan por los palacios del Kremlin o han quedado reducidos a dirigir lejanos institutos de investigación o a elegir, involuntariamente, dorados exilios diplomáticos y a trabajar, incluso, en condiciones precarias.

En aquellos palacios gubernamentales y, más aún, en los de provincia, continúan operando los hombres del pasado que se opusieron a las reformas introducidas por Gorbachov, llegando a boicotearlas. Es el sistema mismo el que resiste. Por ejemplo: ante la amenaza de dimisión de Vladimir Scerbitzkij, último brezhneviano declarado del Politburó, procónsul del PCUS en la rica república de Ucrania, Gorbachov fue abandonado por aquellos que habían sido sus más firmes sostenedores: el pontífice de la ideología oficial, Egor Ligaciov y el anciano presidente Andrei Gromiko.

Ocurre entonces que si el secretario general se ausenta tres días para visitar Checoslovaquia, en Moscú no faltará quienes piensen, un tanto alarmados, lo siguiente: "Hay una buena cantidad de soldados en la calle. No será que los 'viejos' están a punto de dar un zarpazo".

En otras palabras, la sensación palpable es que los abanderados de la perestroika, empeñados en su objetivo de combinar los instrumentos de la democracia y el autoritarismo, corren el riesgo de ser relevados en cualquier instante en nombre del rigor brezhneviano. Uno de esos reformadores, Egor Yakoviev, razona así: "Es cierto que existe pasividad en este país. Pero aquellos que están interesados en que los cambios no se produzcan, los reaccionarios, son muy activos".

Un poco por cábala y un poco por escepticismo, nadie en la URSS se anima a hacer pronósticos. Sin embargo, dos preguntas recorren fantasmales y latentes el territorio de la Rusia gorbachoviana, ¿Vencerán los funcionarios capaces de humillarse por una caja de Marlboro y por triplicar sus propios sueldos gracias al privilegio de acercarse a los extranjeros, o ha llegado la hora de aquellos intelectuales marginados hasta ayer y que ya andan soliviantados por haber respirado los primeros aires de la democracia?

De todo lo anterior, se puede deducir que el éxito político, económico e institucional de la gestión de Gorbachov, de la cual depende, en medida considerable, la suerte del mundo, es más incierta que nunca.

Al igual que una empresa moderna aquella administración apunta, dentro y fuera de la Unión Soviética a una política de imagen. En tal sentido, sus emisarios para las relaciones exteriores son hombres símbolos como Egor Yakovlev, Vitalij Korotic, Abel Agambegian, Oleg Bogomolov. Estos hombres, no sólo se exponen con coraje dando nombres y apellidos de los "reaccionarios", viajando continuamente y concediendo entrevistas, sino que trabajan también, para lograr un despertar general de las conciencias.

A fines de la década del '70, apareció en la Unión Soviética *Agua pesada*, de Anatolij Rybakov. La novela tuvo éxito: fue publicada en veinticinco países, pero su versión original no puede ser hallada, en estos momentos, en las librerías de Moscú. Rybakov cuenta que, en ese tiempo, un crítico le dijo:

–Anatolij Naumoviche, usted ha escrito una gran novela. He llorado, y también mi mujer. Y mis hijos. Y el padre y la madre de mi mujer, en Kiev. Y mi padre y mi madre, en Charkov, lloraron.

Afuera, contra la ventana de la *dacha* de Pereledino, mítico suburbio literario de Moscú, cae la nieve. A poca distancia, otra *dacha* famosa, custodia la memoria de un muerto: Boris Pasternak, cuya novela *Doctor Zivago* será publicada en los primeros meses de 1988, en las páginas de la revista *Novij Mir*. "Es muy esperada –ha dicho hace un rato el escritor–, sobre todo por los críticos occidentales". Sentado, este hombre, Anatolij Rybakov, sigue pareciendo un roble, a pesar de sus sesenta y seis años. Su nombre se está convirtiendo en el símbolo literario de la transparencia impulsada por Gorbachov. El se demora en aquel recuerdo del crítico:

–Si le gustó –dice que le dijo–, haga una crítica.

–Pero ¿quién me la publica? Nadie me la ha pedido– fue la respuesta.

–Entonces –dice Naumovic–, le dije que a mi tampoco me habían ordenado escribir el libro. El crítico me dijo que eso se sentía, y volvió a repetir que habían llorado tanto, en Karpov, y en Kiev.

Sonríe, casi con nostalgia. *Agua pesada* es la historia de una familia hebrea exterminada por los nazis en Ucrania. Pero la causante de que Naumovic haya sido silenciado por la censura soviética es otra novela: *Los hijos del Arbat*. En 1966, *Novij Mir*, la revista que ahora anuncia el deshielo de Pasternak, anunció la publicación de ese texto de Naumovic; pero el entusiasmo de su director, Alekander Tvardovskij no fue suficiente, y la novela permaneció inédita. Rybakov insistió: agregó a la novela una segunda parte, y la propuso a la revista *Okjabr,* que anunció su publicación en 1978. Pero una vez más, la novela no fue publicada. Rybakov insistió: agregó a la novela una tercera parte y, por fin, de la mano de la "glasnot", apareció, completa y con gran éxito, en la revista *Druzba Narodov,* cuyos ejemplares se venden en el mercado negro a 50 rublos, diez veces su precio inicial.

Los hijos del Arbat es una novela autobiográfica. Siete muchachos nacidos y crecidos en el Arbat, la célebre calle del Moscú viejo, cruzan sus destinos en 1934. Alguno se transforma en agente de la KGB, otro es arrestado y enviado a Siberia, justamente aquel que refleja el destino difícil de su autor. El de 1934 fue un año terrible. La novela se inicia con el 17 congreso del Partido Comunista Soviético, que consagra a José Stalin como jefe supremo, y se cierra con el asesinato de Kirov, el 1° de diciembre depor-



tado en Siberia en ese año, 1934, Rybakov –liberado en 1937– llegó tarde a la literatura, y al principio se lo calificó como autor de libros para niños. Hablando de *Los hijos del Arbat,* dice: "Cuando escribí mis personajes pude verlos desarrollarse y actuar libremente; tuve que introducir en un cierto momento un episodio del mismo Stalin. Y Stalin, prepotentemente, creció. Si había podido echar a tantas figuras importantes en el gobierno del Estado, imagínese si no podía hacerlo con los personajes de una novela."

Así se convirtió Stalin en uno de los protagonistas de *Los hijos del Arbat*. Por supuesto, esa fue la mayor causa de sus reiteradas no publicaciones. Rybakov dice que pinta a Stalin "así como era, o como podemos deducir que era, no en los desfiles, sino en la intimidad, en sus pensamientos, en sus encuentros privados. Creo ser uno de los primeros autores que hizo un retrato objetivo. En los años 30, Stalin supo explotar el gran entusiasmo del pueblo para obtener ciertos éxitos, sobre todo en la creación de la industria. Pero recurriendo al terror, causando innumerables víctimas y anulando en la gente la capacidad de pensar libremente, de tomar iniciativas personales. Y esto hace sentir sus nefastas consecuencias aún hoy, es un obstáculo en el camino hacia adelante de nuestro país".

Alentado por el extraordinario triunfo de la reciente edición, Rybakov trabaja ya otra novela, que continúa *Los hijos del Arbat.* Ha proyectado un ciclo entero que debería empujar hacia adelante, irreversiblemente "el sentido comun del antistalinismo". No todos los personajes del primer libro sobreviven en los libros sucesivos. Pero hay dos que seguirán inamovibles: Uno es el alter ego de Rybakov. El otro, naturalmente, es Stalin.



VOCABULARIO DE LA APERTURA

Glasnot: Transparencia, apertura. Específicamente, la utilización por el gobierno, de foros públicos para dar a publicidad sus actividades.

Eso implica una mayor tolerancia, desde lo alto, con los cuestionamientos y críticas provenientes de abajo, del pueblo. La palabra designa todo el programa reformista de Gorbachov.

Perestroika: Reestructuración, entendida como reorganización en el interior de las estructuras del gobierno, de la economía, del trabajo y de las artes. *Perostroika vumakh:* se dice respecto a la reorientación del pensamiento.

Novoye myshlenin: Nuevos pensamientos de aproximación a lo social, lo político y lo económico. Antes de responder a un hecho con una respuesta hecha, hacerse la pregunta adecuada.

Novoya publitsistika: Equivalente soviético del "nuevo periodismo", en el cual duras cuestiones sociales –el abuso de la droga, el acoholismo, etcétera– son abordadas de manera franca, donde se indican las razones de los problemas y sus soluciones.

Democratizatsia: Democratización. Específicamente, el proceso por el cual la jerarquía del partido se abre a sus miembros, aceptando mucho candidatos en elecciones secretas.

Samupravienie: Autogestión. Aplicación del proceso por el cual los operarios deben tener más participación en la elección de sus líderes laborales o gestores económicos. Aplicado, también al sistema en que las empresas económicas ganan mayor autonomía, aceptando más responsabilidad por su *perfomance*.

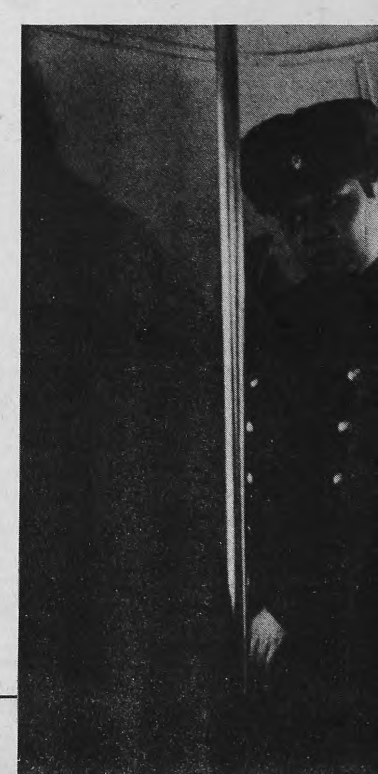
Uskoriente: Aceleración del crecimiento económico y de la eficacia de los servicios sociales.

Intensifikatsia: Esfuerzo por mejorar la producción a través de los recursos ya existentes.



UN CINE HE
SUS DIRE

La *Entrevista*, última película de Federico Fellini, fue la ganadora del premio máximo del reciente Festival Cinematográfico de Moscú. El galardón de Fellini, quien ya había triunfado anteriormente en el mismo festival, no fue una sorpresa para nadie. La novedad estuvo en otra parte: una de las muestras paralelas del Festival estuvo dedicada a una retrospectiva del cineasta Andrei Tarkovski. Tarkovski, muerto el año pasado en Occidente, fue uno de los realizadores más sistemáticamente perseguidos por los anteriores regímenes soviéticos. Por hechos como este, la Unión de Cineastas soviéticos parece ser el lugar de Moscú en donde la *perestroika* llegó hasta sus últimas consecuencias. Desde 1986 reina en la Unión un júbilo extraordinario. Todos los directores soviéticos dan la impresión de estar paralizados por la utopía que ven realizarse bajo sus ojos; un cine pensado por sus autores. A partir de ahora –y de seguir soplando estos vientos favorables–, los estudios, a través de su Consejo Artístico, serán los encargados de decidir qué película hacer. Por el otro lado, los mismos estudios, los mismos Consejos, van a permitir –si llega el caso– que se realice eventualmente algún film "comercial", pero cuidando mucho la calidad del producto. Para sustentar esta postura, el nuevo ministro de Cine, Alexander Kamscialov dijo: "Es necesario reformar el gusto del público, hacerlo volver a los films que afrontan los problemas ac-







RYBAKOV: EL SENTIDO COMUN DEL ANTISTALINISMO

Viene de tapa

fundación o reforma radical. Entre los blancos de la política mencionada se cuentan algunos de los mejores cerebros sobrevivientes de la era Brezhnev que aún transitan por los palacios del Kremlin o han quedado reducidos a dirigir lejanos institutos de investigación o a elegir, involuntariamente, dorados exilios diplomáticos y a trabajar, incluso, en condiciones precarias.

En aquellos palacios gubernamentales y, más aún, en los de provincia, continúan operando los hombres del pasado que se opusieron a las reformas introducidas por Gorbachov, llegando a boicotearlas. Es el sistema mismo el que resiste. Por ejemplo: ante la amenaza de dimisión de Vladimir Scerbitzkij, último brezhneviano declarado del Politburó, procónsul del PCUS en la rica república de Ucrania, Gorbachov fue abandonado por aquellos que habían sido sus más firmes sostenedores: el pontífice de la ideología oficial, Egor Ligaciov y el anciano presidente Andrei Gromiko.

Ocurre entonces que si el secretario general se ausenta tres días para visitar Checoslovaquia, en Moscú no faltará quienes piensen, un tanto alarmados, lo siguiente: ''Hay una buena cantidad de soldados en la calle. No será que los 'viejos' están a punto de dar un zarpazo''.

En otras palabras, la sensación palpable es que los abanderados de la perestroika, empeñados en su objetivo de combinar los instrumentos de la democracia y el autoritarismo, corren el riesgo de ser relevados en cualquier instante en nombre del rigor brezhneviano. Uno de esos reformadores, Egor Yakoviev, razona así: ''Es cierto que existe pasividad en este país. Pero aquellos que están interesados en que los cambios no se produzcan, los reaccionarios, son muy activos''.

Un poco por cábala y un poco por escepticismo, nadie en la URSS se anima a hacer pronósticos. Sin embargo, dos preguntas recorren fantasmales y latentes el territorio de la Rusia gorbachoviana, ¿Vencerán los funcionarios capaces de humillarse por una caja de Marlboro y por triplicar sus propios sueldos gracias al privilegio de acercarse a los extranjeros, o ha llegado la hora de aquellos intelectuales marginados hasta ayer y que ya andan soliviantados por haber respirado los primeros aires de la democracia?

De todo lo anterior, se puede deducir que el éxito político, económico e institucional de la gestión de Gorbachov, de la cual depende, en medida considerable, la suerte del mundo, es más incierta que nunca.

Al igual que una empresa moderna aquella administración apunta, dentro y fuera de la Unión Soviética a una política de imagen. En tal sentido, sus emisarios para las relaciones exteriores son hombres símbolos como Egor Yakovlev, Vitalij Korotic, Abel Agambegian, Oleg Bogomolov. Estos hombres, no sólo se exponen con coraje dando nombres y apellidos de los ''reaccionarios'', viajando contínuamente y concediendo entrevistas, sino que trabajan también, para lograr un despertar general de las conciencias.

A fines de la década del '70, apareció en la Unión Soviética *Agua pesada*, de Anatolij Rybakov. La novela tuvo éxito: fue publicada en veinticinco países, pero su versión original no puede ser hallada, en estos momentos, en las librerías de Moscú. Rybakov cuenta que, en ese tiempo, un crítico le dijo:

–Anatolij Naumoviche, usted ha escrito una gran novela. He llorado, y también mi mujer. Y mis hijos. Y el padre y la madre de mi mujer, en Kiev. Y mi padre y mi madre, en Charkov, lloraron.

Afuera, contra la ventana de la *dacha* de Pereledino, mítico suburbio literario de Moscú, cae la nieve. A poca distancia, otra *dacha* famosa, custodia la memoria de un muerto: Boris Pasternak, cuya novela *Doctor Zivago* será publicada en los primeros meses de 1988, en las páginas de la revista *Novij Mir*. ''Es muy esperada –ha dicho hace un rato el escritor–, sobre todo por los críticos occidentales''. Sentado, este hombre, Anatolij Rybakov, sigue pareciendo un roble, a pesar de sus sesenta y seis años. Su nombre se está convirtiendo en el símbolo literario de la transparencia impulsada por Gorbachov. El se demora en aquel recuerdo del crítico:



–Si le gustó –dice que le dijo–, haga una crítica.

–Pero ¿quién me la publica? Nadie me la ha pedido– fue la respuesta.

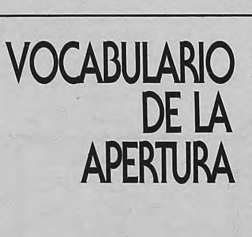
–Entonces –dice Naumovic–, le dije que a mi tampoco me habían ordenado escribir el libro. El crítico me dijo que eso se sentía, y volvió a repetir que habían llorado tanto, en Karpov, y en Kiev.

Sonríe, casi con nostalgia. *Agua pesada* es la historia de una familia hebrea exterminada por los nazis en Ucrania. Pero la causante de que Naumovic haya sido silenciado por la censura soviética es otra novela: *Los hijos del Arbat*. En 1966, *Novij Mir*, la revista que ahora anuncia el deshielo de Pasternak, anunció la publicación de ese texto de Naumovic; pero el entusiasmo de su director, Alekander Tvardovskij no fue suficiente, y la novela permaneció inédita. Rybakov insistió: agregó a la novela una segunda parte, y la propuso a la revista *Okjabr*, que anunció su publicación en 1978. Pero una vez más, la novela no fue publicada. Rybakov insistió: agregó a la novela una tercera parte y, por fin, de la mano de la ''glasnot'', apareció, completa y con gran éxito, en la revista *Druzba Narodov*, cuyos ejemplares se venden en el mercado negro a 50 rublos, diez veces su precio inicial.

Los hijos del Arbat es una novela autobiográfica. Siete muchachos nacidos y crecidos en el Arbat, la célebre calle del Moscú viejo, cruzan sus destinos en 1934. Alguno se transforma en agente de la KGB, otro es arrestado y enviado a Siberia, justamente aquel que refleja el destino difícil de su autor. El de 1934 fue un año terrible. La novela se inicia con el 17 congreso del Partido Comunista Soviético, que consagra a José Stalin como jefe supremo, y se cierra con el asesinato de Kirov, el 1° de diciembre deportado en Siberia en ese año, 1934, Rybakov –liberado en 1937– llegó tarde a la literatura, y al principio se lo calificó como autor de libros para niños. Hablando de *Los hijos del Arbat*, dice: ''Cuando escribí mis personajes pude verlos desarrollarse y actuar libremente; tuve que introducir en un cierto momento un episodio del mismo Stalin. Y Stalin, prepotentemente, creció. Si había podido echar a tantas figuras importantes en el gobierno del Estado, imagínese si no podía hacerlo con los personajes de una novela.''

Así se convirtió Stalin en uno de los protagonistas de *Los hijos del Arbat*. Por supuesto, esa fue la mayor causa de sus reiteradas no publicaciones. Rybakov dice que pinta a Stalin ''así como era, o como podemos deducir que era, no en los desfiles, sino en la intimidad, en sus pensamientos, en sus encuentros privados. Creo ser uno de los primeros autores que hizo un retrato objetivo. En los años 30, Stalin supo explotar el gran entusiasmo del pueblo para obtener ciertos éxitos, sobre todo en la creación de la industria. Pero recurriendo al terror, causando innumerables víctimas y anulando en la gente la capacidad de pensar libremente, de tomar iniciativas personales. Y esto hace sentir sus nefastas consecuencias aún hoy, es un obstáculo en el camino hacia adelante de nuestro país''.

Alentado por el extraordinario triunfo de la reciente edición, Rybakov trabaja ya otra novela, que continúa *Los hijos del Arbat*. Ha proyectado un ciclo entero que debería empujar hacia adelante, irreversiblemente ''el sentido comun del antistalinismo''. No todos los personajes del primer libro sobreviven en los libros sucesivos. Pero hay dos que seguirán inamovibles: Uno es el alter ego de Rybakov. El otro, naturalmente, es Stalin.



VOCABULARIO DE LA APERTURA

Glasnot: Transparencia, apertura. Específicamente, la utilización por el gobierno, de foros públicos para dar a publicidad sus actividades.

Eso implica una mayor tolerancia, desde lo alto, con los cuestionamientos y críticas provenientes de abajo, del pueblo. La palabra designa todo el programa reformista de Gorbachov.

Perestroika: Reestructuración, entendida como reorganización en el interior de las estructuras del gobierno, de la economía, del trabajo y de las artes. *Perostroika vumakh:* se dice respecto a la reorientación del pensamiento.

Novoye myshlenin: Nuevos pensamientos de aproximación a lo social, lo político y lo económico. Antes de responder a un hecho con una respuesta hecha, hacerse la pregunta adecuada.

Novoya publitsistika: Equivalente soviético del ''nuevo periodismo'', en el cual duras cuestiones sociales –el abuso de la droga, el acoholismo, etcétera– son abordadas de manera franca, donde se indican las razones de los problemas y sus soluciones.

Democratizatsia: Democratización. Específicamente, el proceso por el cual la jerarquía del partido se abre a sus miembros, aceptando mucho candidatos en elecciones secretas.

Samupravienie: Autogestión. Aplicación del proceso por el cual los operarios deben tener más participación en la elección de sus líderes laborales o gestores económicos. Aplicado, también al sistema en que las empresas económicas ganan mayor autonomía, aceptando más responsabilidad por su *perfomance*.

Uskoriente: Aceleración del crecimiento económico y de la eficacia de los servicios sociales.

Intensifikatsia: Esfuerzo por mejorar la producción a través de los recursos ya existentes.

UN CINE HECHO POR SUS DIRECTORES

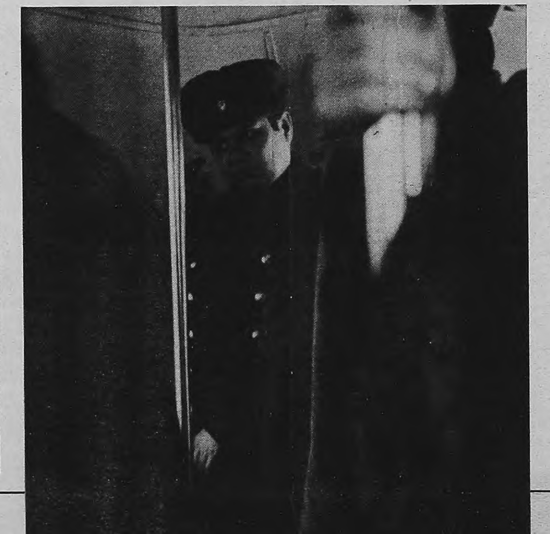
La Entrevista, última película de Federico Fellini, fue la ganadora del premio máximo del reciente Festival Cinematográfico de Moscú. El galardón de Fellini, quien ya había triunfado anteriormente en el mismo festival, no fue una sorpresa para nadie. La novedad estuvo en otra parte: una de las muestras paralelas del Festival estuvo dedicada a una retrospectiva del cineasta Andrei Tarkovski. Tarkovski, muerto el año pasado en Occidente, fue uno de los realizadores más sistemáticamente perseguidos por los anteriores regímenes soviéticos. Por hechos como este, la Unión de Cineastas soviéticos parece ser el lugar de Moscú en donde la *perestroika* llegó hasta sus últimas consecuencias. Desde 1986 reina en la Unión un júbilo extraordinario. Todos los directores soviéticos dan la impresión de estar paralizados por la utopía que ven realizarse bajo sus ojos; un cine pensado por sus autores. A partir de ahora –y de seguir soplando estos vientos favorables–, los estudios, a través de su Consejo Artístico, serán los encargados de decidir qué película hacer. Por el otro lado, los mismos estudios, los mismos Consejos, van a permitir –si llega el caso– que se realice eventualmente algún film ''comercial'', pero cuidando mucho la calidad del producto. Para sustentar esta postura, el nuevo ministro de Cine, Alexander Kamscialov dijo: ''Es necesario reformar el gusto del público, hacerlo volver a los films que afrontan los problemas actuales, a los films serios''.

Los principales exponentes del nuevo cuño, surgido tras el terremoto del Congreso de la Unión de mayo de 1986, Elem Klimov, Gleb Panfilov, Aleksei Gherman, y Eldar Scheghelaja, están viajando por todo el mundo para mostrar este fenómeno y, actualmente, son el centro de las miradas en Europa.

El ministro Kamscialov está sacando conclusiones de este gran sismo; lanza experimentos en los campos de la distribución y la proyección; frena las iniciativas excesivamente entusiastas; proyecta medidas financieras que son tan impopulares como necesarias, como el aumento del precio medio de la entrada; y busca manejar de la mejor manera posible los recursos del más grande productor cinematográfico del mundo, el Estado soviético.

La pregunta que más se formulan los observadores occidentales es dónde están los que fueron los directores oficiales y los monstruos sagrados. Dicen que el más famoso y vituperado de todos ellos, Serguei Bondarchuk, dedica sus –ahora– abundantes horas de indolencia, a la lectura del teólogo Teilhard de Chardin. Naturalmente, Bondarchuk fue aplastado por la *perestroika*. A pesar de esto sigue siendo enfático:

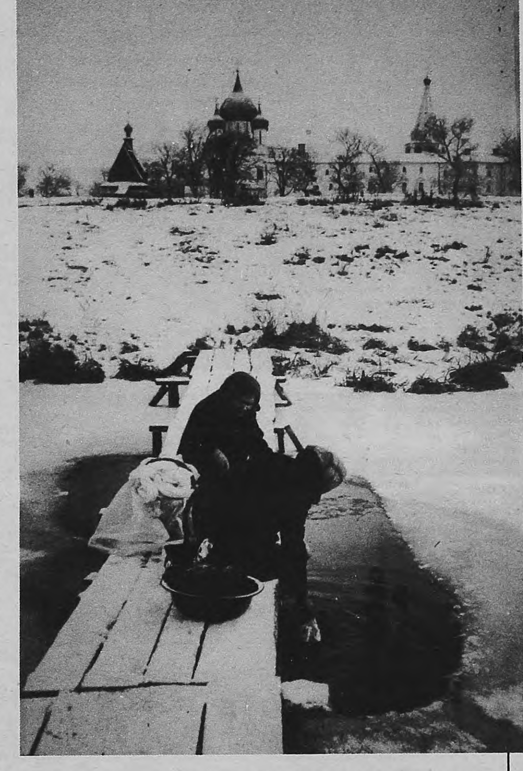
–Yo no soy de los que van con la corriente –dice–, no busco un cine de elite. Lo que intento es el contacto con el público. Porque para mí el cine es pan, agua y sal.



ESCRITORES: CONTRA LA MALA MEMORIA

El palacio –siglo XIX– de la calle Herzen en el centro de Moscú, es hoy la *Casa Central de los Literatos*, un lugar oscuro, más bien fantasmal y lleno de pequeños salones y recovecos donde siempre hay grupos de escritores más o menos ilustres que, protegidos por los techos excesivamente altos, hablan o escuchan o complotan. En los últimos tiempos ese fantasmal palacio sirve de escenario para los enfrentamientos –que alguien califica de continuos– entre las distintas posiciones de los miembros de la Unión. Alguien también explica que estos continuos y violentos debates se deben a que todavía la Unión no se ha renovado por completo. Los viejos dirigentes que conservaron sus puestos atacan ahora abiertamente a los más liberales, a los que ellos consideran críticos excesivamente audaces. En concreto las acusaciones de los viejos a los jóvenes son: que ellos –los jóvenes– tienen alergia a la palabra *trabajo*; que ellos –los jóvenes– están acostumbrados a peinarse con ''crestas de gallo coloreadas'' y –quizás la más repetida– que los jóvenes ''han perdido los ideales''. No faltó quien identificó a estas disidencias como una verdadera guerra civil.

Según uno de los más notables exponentes del ''deshielo'', Jurij Bondarev, la situación de la literatura soviética recuerda actualmente a la de 1941, porque en las dos ocasiones estuvo asediada por una crítica destructiva. Melancólico, Bondarev recuerda: ''Cuando las fuerzas progresistas se vieron obligadas a retroceder frente a los bárbaros civilizados''. Además, Bondarev sugiere: ''Se necesita otro Stalingrado''. Esta broma tan poco feliz –chiste, piensan, realizado sobre los cráneos de cientos de miles de muertos–, desencadenó una tormenta de respuestas sarcásticas y cartas de protesta. La vehemencia de los críticos soviéticos ha hecho que se los compare con las *hordas juveniles*.



–Son muchos los que no retroceden ni siquiera ante quienes llevan la Estrella del Mérito, los Artistas del Pueblo –dice el presidente de la Unión de Escritores Rusos, Serguei Michalkov.

Menos admirativo, aunque no menos atropellado, Piotr Proskurin, conspicuo miembro de la guardia breznheviana dice:

–Bajo los lemas *Viva la glasnot* y *Viva la perestroika*, se esconden los nuevos conformistas.

Y también dice, refiriéndose a las nuevas generaciones de escritores y críticos que ''se avergüenzan de usar la palabra *comunista*''.

Aludiendo a los que piensan como Proskurin, el periodista Vitalij Korotic, director de *Ogonjok*, dijo en una entrevista que se le hizo recientemente, lo que sigue:

–Son personajes que, de golpe, ven cómo todo lo que poseen se les escapa de las manos. Sus reacciones son un simple manotazo para defender los viejos privilegios. De otra forma no ocurriría lo que ocurre: la masa de los escritores no estaría en contra de la proyectada reforma de los derechos de autor. Esta modificación implica que los autores van a tener un porcentaje sobre el precio de tapa de cada ejemplar vendido. El problema con estos burócratas que se quejan tanto es porque ahora van a tener que resignar muchas de sus prebendas.

Parece ser que antes había funcionarios escritores que publicaban su obra en libro y vendían los derechos a dos revistas simultáneamente. Con esta estrategia los funcionarios cuestionados cobraban por un solo libro el dinero de tres en derechos de autor.

Pero no todo es tan simple: lo que ofende a la vieja guardia es el retorno de los indefensos y hasta, a veces, un poco petulantes hijos del deshielo kruschoviano: Bella Achmadulina, Andrei Voznesenkij y el sempiterno Eugenij Evtuschenko. En una reciente entrevista televisiva, un indignado escritor enarboló frente a la cámara la portada de un número de *Ogonjok* que mostraba a Evtuschenko cubierto por un burguesísimo abrigo de piel. El estupefacto denunciante invitó, amablemente, a los teleespectadores a confrontar semejante indumentaria con las humildes ropas que, en el mismo número de la revista, utilizaban unos mineros en su sitio de trabajo. Pero Evtuschenko no presta atención a este rencor y continúa publicando una página fija en *Ogonjok*. En esa sección, el poeta edita una antología de novecientos poetas rusos. Entre los seleccionados figuran nombres prohibidos hasta el año pasado: Mikolaj Gumiljov, fusilado en 1921 por contrarrevolucionario, y Osip Mandelstam, desaparecido en 1936 durante el terror stalinista.

Hoy los inéditos más importantes son disputados, recurriendo a veces a golpes bajos, por las revistas literarias. Grigorij Baklanov, director de *Znamja*, aprovechó el hecho de ser vecino de edificio de la viuda de Alekander Tvardovskij y consiguió sustraer de su destino natural (Tvardovskij era director de otra revista) un importante poema póstumo. También se habla de los borradores de *Corazón de perro* de Mijail Bulgakov, arrebatada de una redacción a otra.

Pero aun en esto se advierten señales contradictorias. La obra narrativa que ha causado más impacto en esta primavera moscovita es un violento y conmovedor acto de acusación contra los excesos stalinianos: *Los hijos del Arbat*, de Anatolyj Rybakov. Y, sin embargo, hay otros textos audaces que esperan aún su turno de publicación, como por ejemplo una tremenda novela documento sobre los años 1946/1953 de Pristavkin, y *Desmantelamiento* de Antalij Zlobin, novela que narra la construcción del Canal Volga-Don, símbolo de los métodos coercitivos de Stalin.

Cuando la viuda de Jurij Trifonov quiso reintegrar un capítulo censurado a una novela de su marido que se reimprimía, tropezó con objeciones de parte del editor. Los límites de la *glasnot* parecen coincidir con el temor de que se empuje demasiado.

Cuando se conversa con un líder de la *glasnost* como Egor Jakovlev se entrevéen nuevas fronteras. Jakolev se pregunta sobre la posibilidad de volver a publicar obras en un tiempo famosas y luego desaparecidas de circulación cuando sus autores emigraron a Occidente. *En las trincheras de Stalingrado*, de Viktor Nekrasov y las poesías-canciones de Aleksandr Galic son algunas de las reediciones previstas. Entre los disidentes que se publicarán en la Unión Soviética, no figura el Premio Nobel Aleksandr Soljenitsyn, uno de los escritores rusos más conocidos en el mundo. Jakpvlev explica esta determinación de la siguiente manera:

–Quizás como hombre –dice–, como literato, no sería contrario a la publicación de Soljenitsyn; pero como político debo tener en cuenta el hecho de que Soljenitsyn ha hecho demasiado mal a nuestro país. No somos tan libres, dentro de la Unión Soviética, como para perdonar a alguien que indujo una cruzada contra nuestro país.

Glasnot contra mala memoria. También el decano de los escritores soviéticos, Veniamin Kaverin, de 85 años se encuentra en la lucha. Kaverin fue el primer poeta en recitar públicamente en la URSS –el pasado marzo, en una memorable noche–, los poemas contra Stalin de Mandelstam. Aquella vez hubo quien sintió una cultura finalmente vengada. Aquella noche, muchos deben haber sentido que, finalmente, una cultura largamente oprimida había sido, por fin, vengada.



CHO POR CTORES

uales, a los films serios''.

Los principales exponentes del nuevo cuño, urgido tras el terremoto del Congreso de la Jnión de mayo de 1986, Elem Klimov, Gleb Panfilov, Aleksei Gherman, y Eldar Scheghe-aja, están viajando por todo el mundo para nostrar este fenómeno y, actualmente, son el entro de las miradas en Europa.

El ministro Kamscialov está sacando conclu-iones de este gran sismo; lanza experimentos n los campos de la distribución y la proyec-ión; frena las iniciativas excesivamente entu-iastas; proyecta medidas financieras que son an impopulares como necesarias, como el au-nento del precio medio de la entrada; y busca nanejar de la mejor manera posible los recur-os del más grande productor cinematográfico el mundo, el Estado soviético.

La pregunta que más se formulan los obser-adores occidentales es dónde están los que ueron los directores oficiales y los monstruos agrados. Dicen que el más famoso y vitupera-o de todos ellos, Serguei Bondarchuk, dedica us –ahora– abundantes horas de indolencia, a a lectura del teólogo Teilhard de Chardin. Na-uralmente, Bondarchuk fue aplastado por la *erestroika*. A pesar de esto sigue siendo enfá-co:

–Yo no soy de los que van con la corriente dice–, no busco un cine de elite. Lo que inten-o es el contacto con el público. Porque para mí l cine es pan, agua y sal.



ESCRITORES: CONTRA LA MALA MEMORIA

El palacio –siglo XIX– de la calle Herzen en el centro de Moscú, es hoy la *Casa Central de los Literatos*, un lugar oscuro, más bien fantasmal y lleno de pequeños salones y recovecos donde siempre hay grupos de escritores más o menos ilustres que, protegidos por los techos excesivamente altos, hablan o escuchan o complotan. En los últimos tiempos ese fantasmal palacio sirve de escenario para los enfrentamientos –que alguien califica de continuos– entre las distintas posiciones de los miembros de la Unión. Alguien también explica que estos continuos y violentos debates se deben a que todavía la Unión no se ha renovado por completo. Los viejos dirigentes que conservaron sus puestos atacan ahora abiertamente a los más liberales, a los que ellos consideran críticos excesivamente audaces. En concreto las acusaciones de los viejos a los jóvenes son: que ellos –los jóvenes– tienen alergia a la palabra *trabajo*; que ellos –los jóvenes– están acostumbrados a peinarse con ''crestas de gallo coloreadas'' y –quizás la más repetida– que los jóvenes ''han perdido los ideales''. No faltó quien identificó a estas disidencias como una verdadera guerra civil.

Según uno de los más notables exponentes del ''deshielo'', Jurij Bondarev, la situación de la literatura soviética recuerda actualmente a la de 1941, porque en las dos ocasiones estuvo asediada por una crítica destructiva. Melancólico, Bondarev recuerda: ''Cuando las fuerzas progresistas se vieron obligadas a retroceder frente a los bárbaros civilizados''. Además, Bondarev sugiere: ''Se necesita otro Stalingrado''. Esta broma tan poco feliz –chiste, piensan, realizado sobre los cráneos de cientos de miles de muertos–, desencadenó una tormenta de respuestas sarcásticas y cartas de protesta. La vehemencia de los críticos soviéticos ha hecho que se los compare con las *hordas juveniles*.

–Son muchos los que no retroceden ni siquiera ante quienes llevan la Estrella del Mérito, los Artistas del Pueblo –dice el presidente de la Unión de Escritores Rusos, Serguei Michalkov.

Menos admirativo, aunque no menos atropellado, Piotr Proskurin, conspicuo miembro de la guardia breznheviana dice:

–Bajo los lemas *Viva la glasnot* y *Viva la perestroika*, se esconden los nuevos conformistas.

Y también dice, refiriéndose a las nuevas generaciones de escritores y críticos que ''se avergüenzan de usar la palabra *comunista*''.

Aludiendo a los que piensan como Proskurin, el periodista Vitalij Korotic, director de *Ogonjok*, dijo en una entrevista que se le hizo recientemente, lo que sigue:

–Son personajes que, de golpe, ven cómo todo lo que poseen se les escapa de las manos. Sus reacciones son un simple manotazo para defender los viejos privilegios. De otra forma no ocurriría lo que ocurre: la masa de los escritores no estaría en contra de la proyectada reforma de los derechos de autor. Esta modificación implica que los autores van a tener un porcentaje sobre el precio de tapa de cada ejemplar vendido. El problema con estos burócratas que se quejan tanto es porque ahora van a tener que resignar muchas de sus prebendas.

Parece ser que antes había funcionarios escritores que publicaban su obra en libro y vendían los derechos a dos revistas simultáneamente. Con esta estrategia los funcionarios cuestionados cobraban por un solo libro el dinero de tres en derechos de autor.

Pero no todo es tan simple: lo que ofende a la vieja guardia es el retorno de los indefensos y hasta, a veces, un poco petulantes hijos del deshielo kruschoviano: Bella Achmadulina, Andrei Voznesenkij y el sempiterno Eugenij Evtuschenko. En una reciente entrevista televisiva, un indignado escritor enarboló frente a la cámara la portada de un número de *Ogonjok* que mostraba a Evtuschenko cubierto por un burguesísimo abrigo de piel. El estupefacto denunciante invitó, amablemente, a los teleespectadores a confrontar semejante indumentaria con las humildes ropas que, en el mismo número de la revista, utilizaban unos mineros en su sitio de trabajo. Pero Evtuschenko no presta atención a este rencor y continúa publicando una página fija en *Ogonjok*. En esa sección, el poeta edita una antología de novecientos poetas rusos. Entre los seleccionados figuran nombres prohibidos hasta el año pasado: Mikolaj Gumiljov, fusilado en 1921 por contrarrevolucionario, y Osip Mandelstam, desaparecido en 1936 durante el terror stalinista.

Hoy los inéditos más importantes son disputados, recurriendo a veces a golpes bajos, por las revistas literarias. Grigorij Baklanov, director de *Znamja*, aprovechó el hecho de ser vecino de edificio de la viuda de Alekander Tvardovskij y consiguió sustraer de su destino natural (Tvardovskij era director de otra revista) un importante poema póstumo. También se habla de los borradores de *Corazón de perro* de Mijail Bulgakov, arrebatada de una redacción a otra.

Pero aun en esto se advierten señales contradictorias. La obra narrativa que ha causado más impacto en esta primavera moscovita es un violento y conmovedor acto de acusación contra los excesos stalinianos: *Los hijos del Arbat*, de Anatolyj Rybakov. Y, sin embargo, hay otros textos audaces que esperan aún su turno de publicación, como por ejemplo una tremenda novela documento sobre los años 1946/1953 de Pristavkin, y *Desmantelamiento* de Antalij Zlobin, novela que narra la construcción del Canal Volga-Don, símbolo de los métodos coercitivos de Stalin.

Cuando la viuda de Jurij Trifonov quiso reintegrar un capítulo censurado a una novela de su marido que se reimprimía, tropezó con objeciones de parte del editor. Los límites de la *glasnot* parecen coincidir con el temor de que se empuje demasiado.

Cuando se conversa con un líder de la *glasnost* como Egor Jakovlev se entrevéen nuevas fronteras. Jakolev se pregunta sobre la posibilidad de volver a publicar obras en un tiempo famosas y luego desaparecidas de circulación cuando sus autores emigraron a Occidente. *En las trincheras de Stalingrado*, de Viktor Nekrasov y las poesías-canciones de Aleksandr Galic son algunas de las reediciones previstas. Entre los disidentes que se publicarán en la Unión Soviética, no figura el Premio Nobel Aleksandr Soljenitsyn, uno de los escritores rusos más conocidos en el mundo. Jakpvlev explica esta determinación de la siguiente manera:

–Quizás como hombre –dice–, como literato, no sería contrario a la publicación de Soljenitsyn; pero como político debo tener en cuenta el hecho de que Soljenitsyn ha hecho demasiado mal a nuestro país. No somos tan libres, dentro de la Unión Soviética, como para perdonar a alguien que indujo una cruzada contra nuestro país.

Glasnot contra mala memoria. También el decano de los escritores soviéticos, Veniamin Kaverin, de 85 años se encuentra en la lucha. Kaverin fue el primer poeta en recitar públicamente en la URSS –el pasado marzo, en una memorable noche–, los poemas contra Stalin de Mandelstam. Aquella vez hubo quien sintió una cultura finalmente vengada. Aquella noche, muchos deben haber sentido que, finalmente, una cultura largamente oprimida había sido, por fin, vengada.



UN EJECUTIVO DE ESTILO OCCIDENTAL

Durante el gobierno de Leonid Breznhev muchos conocieron la soledad de la disidencia. Zhores Medvedev, hermano del historiador Roy, fue uno de los que tuvieron esta experiencia. Hoy, muchos años después, Zhores Medvedev es el biógrafo de Mijail Gorbachov, quien es a la vez el impulsor de la glasnot.

En su libro se vislumbra simpatía por Gorbachov. ¿Es una impresión justa?

–Sí, en general es justa. Lo considero más positivo que los líderes que lo han precedido en la Unión Soviética. Me parece una figura más ''limpia'' que la de sus predecesores, incluidos Stalin, Kruschov, Brezhnev, Andropov, Cernenko y otros miembros del Politburó. No tiene sobre sus espaldas el peso del crimen como Stalin y hasta Kruschov o Brezhnev. No tuvo nada que ver con el KGB, como Andropov. Y no fue un propagandista puro o un custodio de la ideología como Cernenko. En este sentido, me parece que está más capacitado para afrontar con una actitud más positiva los problemas que tiene por delante la URSS, tarea difícil en cambio para los otros líderes que tenían además la responsabilidad de acciones impopulares, entre ellas las invasiones de Hungría, Checoslovaquia y Afganistán

–¿Sobre qué documentación se basó para ''Gorbachov''?

–He utilizado toda la información disponible en la prensa. Lo que me fue de gran utilidad y lo que me dispuso a escribir *Gorbachov* fue que acababa de terminar un libro sobre la agricultura soviética, que será publicado a fin de año en Estados Unidos. Para este trabajo debí leer mucha literatura sobre cuestiones agrícolas, me suscribí a revistas especializadas, y como Gorbachov se ocupó de agricultura prácticamente durante toda su vida política, yo estaba imbuido de todas sus decisiones en ese tema y, por lo tanto, sabía mucho, en lo que respecta al lado profesional. Era necesario, rellenar diversos vacíos en otros campos; pero tengo un conocimiento directo de la vida en Moscú en los años 50, de la universidad y, conozco bien el período de la guerra y de la ocupación. Además tuve la oportunidad de tener otras informaciones de la Unión Soviética a través de personas que leían por cuenta mía, diarios locales, regionales y hasta de distritos, de donde he podido recabar, por ejemplo, noticias sobre el padre. Además cuando un político llega al umbral del Soviet Supremo, los diarios desde ese momento comienzan a hablar de sus encuentros a nivel local, a publicar su biografía. Lo importante es saber cómo extractar esa información. Me faltan, es cierto, los detalles de una biografía clásica como las que se han escrito sobre Tolstoi o Pushkin u otras figuras, de las cuales se conocen todos los detalles de sus vidas.

–¿Por qué hay tanta reserva sobre la vida privada en la URSS?

–El problema es que los miembros del Politburó tratan de mantener la máxima reserva en torno a los detalles de su propia vida. Es una especie de regla en la Unión Soviética. Sólo el secretario general, después de muchos años, tiene el derecho a la publicación de las biografías oficiales. Es el caso de Brezhnev, de Kruschov. Y a veces, es el caso de una figura legendaria como Vorosilov, que tuvo un rol en la guerra civil. Son escritores profesionales a los que se les encarga escribir estas biografías. Pero si no es así, de las figuras políticas conocidas, como los miembros del Politburó, se sabe bien poco. Por alguna razón ofrecen un perfil desdibujado, dejando a la figura prominente, el culto de la personalidad. Por eso es tan difícil encontrar información sobre los líderes soviéticos. Pero si yo viviese en la URSS seguramente estaría en condiciones de encontrar mucho más.

–''Gorbachov'' es un libro de historia, pero se basa mucho también en las técnicas típicas de la kremlinología. Por ejemplo, usted analiza ciertas fotografías y sobre la base de las posiciones jerárquicas extrae ciertas conclusiones

–Observando las fotos, estas cuentan, por ejemplo, cuántas son las apariciones en un año de una sola figura. Porque en la URSS, todas estas cosas están institucionalizadas, no son casuales y siguen reglas muy rígidas, muy claras, cualquiera que quiera saber algo sobre la posición de un cierto dirigente de la elite, en el Politburó, en la secretaría, sigue el mismo método. Es como la monarquía británica. Son reglas precisas.

–¿También con Gorbachov valen estas reglas litúrgicas?

–Valen las mismas reglas. Las primeras posiciones son ocupadas por Gorbachov, Gromyko, Ryshkov, Ligaciov, y luego siguen los otros en una secuencia que refleja el relieve de sus cargos y su antigüedad. Es el protocolo del Kremlin que sigue vigente. Y porque es un protocolo, estudiándolo, se llega a las mismas conclusiones.

–¿Llegará un día en que su ''Gorbachov'' será publicado en URSS?

–No creo que jamás sea publicada en la URSS. Especialmente porque la forma de hacer las biografías de los líderes es totalmente distinta. Y no creo que la situación cambie en la época de Gorbachov hasta el punto en que una persona como yo pueda publicar libros en la Unión Soviética sobre dirigentes soviéticos. Se pueden esperar muchos cambios de este liderazgo, pero no que ponga fin al sistema de un solo partido en su propia desventaja. Será un liderazgo mejor, pero utilizará los mismos métodos, se apoyará en las mismas estructuras de sus predecesores.

–Pero la decisión de liberar a Sajarov ¿no era acaso impredecible?

–La libertad dada a Sajarov era esperada. Transcurrió siete años en exilio, que es el máximo para una sentencia política. Sajarov ha luchado mucho para obtener la libertad. Por consiguiente no fue solo una decisión de Gorbachov sino una decisión colectiva, tomada por razones pragmáticas y no por drásticos cambios políticos. Si Sajarov hubiese muerto en el exilio, hubiera sido un duro golpe a todos sus esfuerzos de distensión este–oeste, a las relaciones en el campo científico, tecnológico. Y luego han evaluado que un movimiento de ese tipo hubiera sido muy ventajoso para ellos.

–Su ''Gorbachov'' es más un perfil político, un análisis del ascenso político del secretario general. ¿Qué dice usted del hombre Gorbachov?

–Es un hombre muy hábil, y se lo ve en sus discursos, improvisados, algo insólito en el contexto soviético. Pero mi análisis está basado esencialmente sobre los artículos escritos antes de su nombramiento como secretario general, sobre sus tentativas de reformas en el campo agrícola y, desde este punto de vista, lo considero capaz, enérgico, determinado, gran trabajador. Pero no tiene una visión amplia de los diversos problemas, por ejemplo de la economía agrícola; y por lo tanto sostiene que las formas tradicionales pueden funcionar simplemente cambiando la dirección. No me parece preparado para intentar una alternativa económica. Me parece mejor que otros, pero no capaz o preparado para hacer cambios radicales en la agricultura.

–Gorbachov ofrece una imagen distinta del máximo líder soviético. Por ejemplo, la presencia y el rol de su mujer Raissa es insólito.

–No es un hecho en sí importante. No es propio de Gorbachov atribuirle importancia a la figura de su mujer. Es Raissa que se propone como persona de relieve. Es una intelectual, tiene un doctorado, es autora de trabajos científicos y es una bella mujer. Por lo tanto es distinta de las mujeres de otros líderes. Por esto su personalidad tiene un rol más importante que el de las mujeres de Brezhnev o de Kruschov, que eran simplemente mujeres del campo, con escasa instrucción. Es Raissa que por su historia y su posición de mujer del secretario tiene un rol, por ejemplo en el campo artístico. Y creo que Gorbachov escucha y escuchó sus consejos antes de ser secretario. Cuando estaban todavía en Stavropol e iban a Moscú, era Raissa la que decidía el programa cultural, a qué teatro ir, cuál película ver. Y él seguía las recomendaciones de su mujer. Y pienso que su influencia en el campo cultural habrá guiado a Gorbachov y lo habrá hecho más sensible a los problemas de la cultura.

–Algunos definen a Gorbachov como el segundo Lenin. ¿Usted comparte esta opinión?

–No, no estoy de acuerdo en absoluto. En Lenin tuvimos un revolucionario y un pensador. Lenin no era sólo líder del partido, era una figura de gran relieve teórico. Ha escrito sobre la historia del capitalismo soviético, sobre los más diversos argumentos de marxismo. Es decir un teórico, además de su capacidad de revolucionario. Desde este punto de vista, Gorbachov es del todo distinto. Es un ejecutivo de estilo occidental. Sabe de economía, conoce los métodos soviéticos de administración. Pero en toda su vida no ha escrito un solo artículo teórico, un ensayo del marxismo o algo referido al género.

–Quizás la comparación con Lenin se basa en lo exterior, como su modo de hablar, el modo de estar entre la gente.

–En este caso recuerda más a Kruschov que a Lenin. Su estilo es popular y busca el concenso, mientras los dirigentes soviéticos, en los últimos tiempos estaban muy aislados y distantes de las masas, de los trabajadores comunes. En los último veinte años los máximos dirigentes no han hablado con la gente común. En esto me recuerda a Kruschov.



Foto Yu Lizunov - TASS-DAN